

Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (dir.)
Historia de la lectura en el mundo occidental
Madrid
Taurus
2011
561 páginas

PALABRAS CLAVE: HISTORIA DE LA LECTURA – ROGER CHARTIER – DEBATE

KEYWORDS: HISTORY OF READING – ROGER CHARTIER – DEBATE

Historiar la lectura: un desafío que cumple veinticinco años

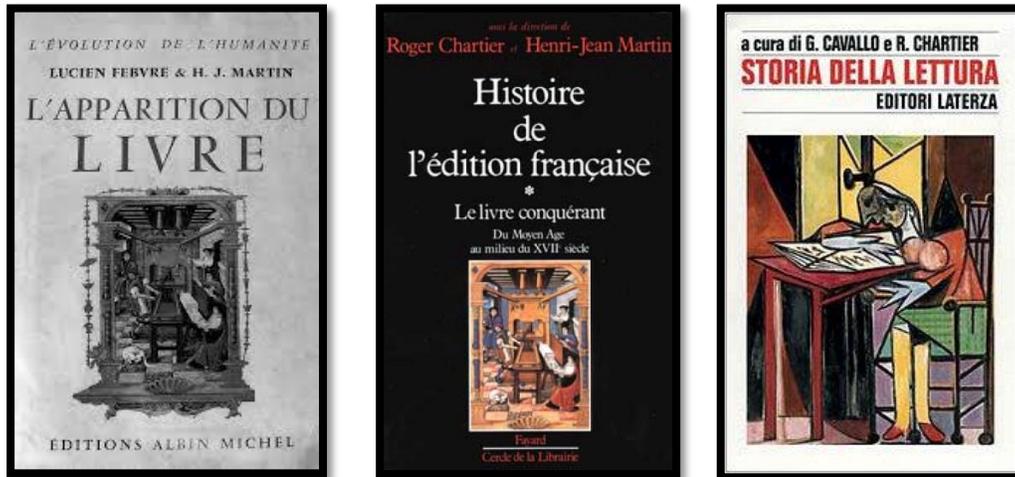
José Luis de Diego¹

Es bien sabido que hay libros que van jalonando el crecimiento y desarrollo de una disciplina. ¿Cuándo comenzó, de un modo visible e institucionalizado, la que llamamos *historia del libro*? Para muchos, en 1958, cuando se dio a conocer *L'apparition du livre*, de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin.² ¿Cuándo, la que conocemos como *historia de la edición*? Probablemente con la monumental *Histoire de l'édition française*, publicada en cuatro tomos, entre 1982 y 1986, y dirigida por

¹ José Luis de Diego es Doctor en Letras y Profesor de Introducción a la Literatura y Teoría Literaria II de la Universidad Nacional de La Plata. Ha publicado: “¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?” *Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)* (2001); *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición* (2015) *Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición* (2019), y, como director de volumen: *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)* (2006; segunda edición ampliada, 2014). Desde 2011 codirige con Sylvia Saitta la colección “Serie de los Dos Siglos” para la Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba). Desde 2014 dirige *Orbis Tertius*, revista académica del Centro de Teoría y Crítica Literaria de la UNLP. Desde 2015 se desempeña como coordinador de la sección argentina, y miembro del Comité Asesor en el portal “Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI)” / EDI-RED (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes- CSIC). Se ha especializado en temas de historia intelectual, teoría literaria y, en los últimos años, historia de la edición.

² Traducida al español por Agustín Millares Carlo y editada en México por U.T.E.H.A. en 1962.

Martin y Roger Chartier.³ ¿Cuándo, la *historia de la lectura*? Sin dudas, con la *Storia della lettura nel mondo occidentale*, la obra de aliento enciclopédico que dirigieron Chartier y Guglielmo Cavallo, publicada por primera vez en italiano en 1995.⁴



Se me objetará que el recorrido que he reseñado es demasiado francés y es cierto; solo quiero señalar, con estos precarios eslabones y quizás cediendo a una tentación pedagógica, dos cosas: que los autores se solapan, como si hubiera cierta continuidad en lo que parecería un proyecto único; y que la deriva del objeto es bien evidente: del libro a la edición, de la edición a la lectura. Acaso como es algo incómodo (y algo impreciso) hablar de historia del libro, la edición y la lectura, el historiador Robert Darnton postuló una nominación más sintética y abarcadora: historia cultural y social de la comunicación impresa.⁵ Sin embargo, el debate sobre cómo debieran llamarse estas disciplinas parientes y afines continúa abierto. Resulta evidente, por ejemplo, que la historia de la lectura no podría limitarse a lo que Darnton llama “comunicación impresa”; y así, las intersecciones entre una y otra generan espacios grises de intercambios y superposiciones, como si se tratara de objetos volátiles y dinámicos cuyas fronteras nunca alcanzan a trazarse de un modo más o menos convincente.

³ Los cuatro tomos se titularon: I- *Le livre conquérant. Du Moyen Age au milieu du XVIII siècle* (1982); II- *Le livre triomphant, 1660-1830* (1984); III- *Le temps des éditeurs. Du romantisme à la Belle Époque* (1985); IV- *Le livre concurrencé, 1900-1950* (1986).

⁴ La *Storia...* se publicó traducida al francés en 1997 (Éditions du Seuil) y un año después en español (Santillana-Taurus).

⁵ “¿Cuál es la historia de los libros?”, en *Las razones del libro. Futuro, presente, pasado*. Madrid, Trama editorial, 2010, p. 178. El trabajo original es de 1982.

Junto con un puñado de colegas de la Universidad de La Plata, publicamos en 2006 *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)*. Se trata de sucesivos estados del campo editorial en nuestro país, ordenados cronológicamente; como los colaboradores proveníamos de los estudios literarios y de la bibliotecología, decidimos no poner “historia” en el título para no meternos en conflictos disciplinarios. El libro tuvo una buena repercusión, de modo que procuramos continuar fortaleciendo esas líneas de investigación; sin embargo, existía una parte muy significativa de ese campo que solo habíamos transitado muy marginalmente: la historia de la lectura. Me impuse entonces una tarea de actualización y reflexión: el resultado lo publiqué en *Orbis Tertius* (nº 19, 2013) con el título “Lecturas de historias de la lectura”.⁶ El artículo es, en verdad, una serie de reseñas enlazadas con el fin de establecer un estado del campo; parece innecesario señalar que la *Historia* que dirigieron Cavallo y Chartier ocupó un lugar central: el de uno de esos libros fundacionales, que instalan una disciplina y se colocan en el lugar de una ineludible referencia. Yo solo había leído algunos capítulos salteados, los más cercanos en el tiempo; ni siquiera tenía el libro, lo había leído en fotocopias. La lectura ordenada, sistemática, tomando notas, me enfrentaba a una suerte de mundo inexplorado, como cuando de chicos leíamos las novelas de Verne; o esos raros momentos, ya de grandes, en que el azar, la curiosidad o la recomendación de un amigo nos pusieron frente a *Mimesis* o *El grado cero de la escritura*. Dado que en esta sección nos ocupamos de recuperar analíticamente alguna obra decisiva en nuestra formación, creí una buena oportunidad para visitar aquel clásico que ronda los veinticinco años.

La obra que nos ocupa se gestó en 1987: Chartier dictó una conferencia en la American Antiquarian Society y la tituló: “Frenchness in the History of the Book: from the History of Publishing to the History of Reading”.⁷ Recordemos que en 1986 se había publicado el último tomo de la historia de la edición en Francia, de manera que el historiador francés estaba evaluando qué rumbo iba a seguir en sus investigaciones, y el rumbo está señalado desde el título mismo del trabajo, como si la ardua experiencia de dirigir y editar los tomos de la *Historia* hubiera dejado una lección: la historia de la edición reconoce limitaciones y esas limitaciones solo pueden superarse en la medida en que demos el salto hacia una historia de la lectura. De manera que aquella conferencia tiene una dimensión autocrítica: evaluar los logros es, también, superar las limitaciones. Por un lado, era necesario corregir las pretensiones abusivas de la historia cuantitativa aplicada a objetos culturales,

⁶ Inevitablemente, en la presente reseña voy a reiterar algunos argumentos de aquel artículo.

⁷ La conferencia fue publicada en *Archives et Bibliothèques de Belgique*, tomo IX, pp. 161-189. En español se conoció con el título “De la historia del libro a la historia de la lectura”, y se incluyó como capítulo I de *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza, 1993.

tendencia acaso derivada del predominio del marxismo en el campo de la historia social. Por otro, había que desmontar la supuesta especificidad francesa en la historia del libro; una perspectiva integradora debía asumir el desafío de superar las barreras nacionales al momento de delimitar el objeto de estudio. En tercer lugar, había que desandar la concepción arraigada de considerar a los textos como una abstracción, independientes del soporte material que los alberga, abandonar el crónico desinterés por el objeto impreso. Las conclusiones del giro autocrítico derivan en un nuevo proyecto:

“... unas dudas, aguijoneadas por las investigaciones llevadas a cabo fuera de Francia [...] que astillaban las certidumbres metodológicas demasiado bien ancladas, subrayaban las lagunas del saber constituido, llamaban a mirar los libros, y no solo a contarlos o a clasificarlos, y, finalmente, planteaban la exigencia de una historia de la, o, mejor, de las lecturas como prolongación obligada de la historia del libro” (1994: 20).

En este punto, habría que señalar una constante en la perspectiva analítica de Chartier según la cual tiende a subrayar las continuidades y a mitigar las rupturas. Así, por ejemplo, la distancia polémica que sostiene con Elizabeth Eisenstein y su clásico libro *The Printing Press as an Agent of Change*;⁸ Chartier insiste en refutar el carácter “revolucionario” de la invención de la imprenta de tipos móviles ya que su efecto más evidente es de orden cuantitativo y de difusión, pero no altera sustancialmente ni el formato consolidado del *códice* ni las consecuentes prácticas de lectura. O en las puntuales referencias a casos de lectura silenciosa durante la Antigüedad, mediante las cuales atenúa el carácter de ruptura entre una práctica oral en voz alta, dominante en comunidades analfabetas o semialfabetizadas, y una práctica de lectura “mental”, como solía llamársela, propia de la modernidad. Estas certidumbres van orientando el programa de trabajo: las historias de la edición, que proliferan en distintos países, implican una superación de las historias del libro, limitadas, por lo general, al objeto material, y abren la puerta a una historia de la lectura. Lectura que no debe entenderse en tanto *experiencia* (de acuerdo con una larga tradición que va de la fenomenología a la estética de la recepción) sino como *práctica* cultural, y que no podrá limitarse, como en las historias de la edición, a las fronteras de un solo país, sino integrar tradiciones continentales.

⁸ Cambridge University Press, 1979. La primera edición fue de dos volúmenes, y fue reeditada en un solo volumen en 1981. En 1983 se publicó una versión abreviada con el título *The Printing Revolution in Early Modern Europe*. Se conoció en español como *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea* (Akal, 1994). En 1986, Eisenstein insiste en su posición en el artículo “Sobre la revolución y la palabra impresa”, en el volumen colectivo *Revolution in History*, editado por Roy Porter y Mikulas Teich (en español: *La revolución en la historia*. Barcelona, Crítica, 1990).

Algunos años antes que Chartier, Darnton, en el ensayo programático ya citado de 1982, arribaba a conclusiones semejantes, aunque ponía en duda la factibilidad de la empresa. A partir de un largo rodeo por el siglo XVIII, a manera de un ejemplo de las dificultades metodológicas que acarrea un objeto de tal complejidad, Darnton concluye: “En el circuito que siguen los libros, la lectura sigue siendo la etapa más difícil de investigar” (2010, 192). Y luego de dedicarse a la descripción de las figuras más significativas en la circulación del libro –los autores, los editores, los impresores, los transportistas, los libreros–, finalmente se detiene en los lectores, e insiste: “A pesar de la ingente literatura sobre psicología, fenomenología, sociología y los propios textos, la lectura sigue siendo un misterio” (200). Pero esa dificultad, ese misterio, implica, a la vez, un desafío; como ocurre en Chartier, Darnton deriva en la postulación de una hipotética historia de la lectura, sus posibilidades y los obstáculos metodológicos que deberá sortear. En este sentido, una de las innovaciones necesarias y decisivas implicará desplazarse desde el interés en los efectos que los textos provocan en los lectores hacia las libertades que esos lectores se toman con los textos –no tanto en lo que los textos *producen* en los lectores, sino en lo que los lectores *hacen* con los textos–; es decir, dejar de pensar a los lectores como sujetos pasivos, meros receptáculos de la fecundidad de los textos, para comenzar a estudiarlos en tanto activos operadores de significados; considerada así, la lectura no se limita a descifrar signos, sino a manipular sentidos de los textos leídos. Y en este punto, el soporte material que contiene cada texto resultará determinante.

Como lo adelantamos, la *Historia...* dirigida por Chartier y Cavallo se conoció en español en 1998 y desde entonces se ha convertido en el más valioso y sistemático aporte a la disciplina que nos ocupa. Consta de una introducción, escrita por los directores, y de 13 capítulos ordenados cronológicamente, desde la Grecia antigua al presente, a cargo de especialistas. Como no se trata de reseñar, en este caso, un libro muy conocido, sino de evaluar su vigencia a lo largo de los años que median desde su edición, procuraré señalar sus más significativos aportes, aquellos que establecieron certezas y categorías que fueron indicando un camino para investigaciones futuras. La diferenciación entre texto y libro, entre texto y soporte material, se plantea como un axioma de base, casi como una petición de principio, dado que no existe texto sin soporte, ni lectura que no se encuentre condicionada por ese soporte, el que incide de un modo decisivo en la circulación, recepción y consumo de los textos. A Chartier le gusta citar una frase de Roger Stoddard: “Hagan

lo que hagan, los autores no escriben libros.⁹ Los libros no se escriben en absoluto. Los manufacturan los escribas y demás artesanos, los mecánicos y demás ingenieros, y por las prensas de imprimir y demás máquinas” (2011: 29).¹⁰ Y agregan los directores en la “Introducción”:

Contra la representación elaborada por la propia literatura y recogida por la más cuantitativa de las historias del libro, según la cual el texto existe en sí, separado de toda materialidad, cabe recordar que no hay texto alguno fuera del soporte que permite leerlo (o escucharlo)” (29).

De esta manera, si el soporte determina, o al menos condiciona, la recepción de los textos, la historia de la lectura solo puede pensarse como derivación, o como tributaria, de la historia del libro y la edición.

Uno de los grandes (y muy discutidos) aportes del libro es la tesis de las tres revoluciones de la lectura, anunciada en la “Introducción” y presente, de modo programático, en casi todos los capítulos. En primer lugar, el paso de la lectura “necesariamente oralizada” a la lectura “posiblemente silenciosa”; si bien caracterizan este paso como un “corte capital”, se trata, más bien, de un proceso paulatino, de una *larga* revolución. Estamos ante una transformación anterior a la imprenta de tipos móviles que, si bien arraiga “en la mutación que en los siglos XII y XIII transformó la función misma de lo escrito” (51), sus raíces pueden rastrearse mucho antes, incluso en la antigüedad clásica; así, el primer capítulo de la *Historia*, escrito por Jesper Svenbro, se titula “La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa”, como si desde la nominación misma de ese primer capítulo los directores tomaran posición firme en una cuestión contenciosa: la lectura en silencio no es, como se supo afirmar, una *consecuencia* de la imprenta; numerosos testimonios nos hablan de una práctica habitual a lo largo de los siglos. La segunda revolución refiere, “según una tesis clásica”, el paso, en la segunda mitad del siglo XVIII, de una lectura “intensiva” (lectura en profundidad y repetida de pocos textos) a una “extensiva” (lectura salteada, y a menudo voraz, de muchos textos).¹¹ Si bien en el artículo correspondiente a ese período, ya citado en nota al pie, Wittmann concluye en que es posible hablar de una verdadera revolución de la lectura hacia

⁹ Dado que se trata de algo así como una consigna identificatoria de nuestro trabajo, decidí tomarla prestada para titular mi último libro: *Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición* (Ampersand, 2019).

¹⁰ Citado por Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (dir.) (2011) *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid, Taurus, p. 29. Las citas siguientes corresponden a esta edición.

¹¹ La tesis pertenece a Rolf Engelsing (*Analphabetentum und Lektüre*, Stuttgart, 1973) y se encuentra desarrollada, y parcialmente refutada, en el capítulo escrito por Reinhard Wittmann, “¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?”, pp. 354 y ss.

1770 –con los casos ya emblemáticos de las novelas de Richardson, Rousseau y del joven Goethe–; dicha transformación no implica, sin embargo, confirmar la tesis de Engelsing, sino cuestionarla, dado que la lectura “sentimental” o “empática” no abandonó, sino que a menudo exacerbó, las modalidades de lectura “intensiva”. Por último, la tercera revolución alude a la transmisión electrónica de los textos y a las mutaciones que sufre la lectura en el soporte pantalla; “lo que se halla totalmente transformado es todo el sistema de identificación y de manejo de los textos” (Chartier/Cavallo, 2011: 54), y se asiste a “una reorganización completa de la ‘economía de la escritura’” (55). Aunque el muy documentado trabajo de Armando Petrucci (“Leer por leer: un porvenir para la lectura”) solo al final menciona los cambios en la actividad lectora, los directores del volumen insisten en su hipótesis: que esta última es en verdad una revolución solo comparable con el paso del rollo al códice y que, por ende, el paso del códice al libro, por efecto de la imprenta, tuvo un impacto mucho menor sobre las prácticas de lectura que el que otros autores –en especial Elizabeth Eisenstein– han sostenido.

Otro de los aportes de tipo histórico y taxonómico del libro es aquel que postula tres tipos de lector, identificables a través de sus prácticas. Por un lado, el lector “humanista”, descrito y caracterizado en el trabajo de Anthony Grafton, recupera la tradición clásica y comienza a refutar a las *auctoritates* del mundo académico medieval, a partir de novedosas prácticas de lectura (la rueda de libros, el cuaderno de tópicos), en libros más pequeños que destierran la letra gótica y que resultan austeros y prácticos. Así, los nombres de Maquiavelo, Erasmo y Montaigne jalonan y ejemplifican un nuevo tipo de lectura, más crítica e independiente de la herencia clásica y medieval y, en consecuencia, una diferente relación con el libro. Según lo demuestra el trabajo de Jean-François Gilmont, la Reforma traerá consigo un nuevo modelo de lector y de lectura. Se ha considerado a la Reforma como una consecuencia de la imprenta; no porque la imprenta haya sido, en rigor, su *causa*, sino porque generó las condiciones de posibilidad para la amplia difusión de las ideas reformistas. Así, las traducciones de la Biblia a lenguas vernáculas durante las décadas de 1520 y 1530 –emblemáticamente, la traducción de Lutero al alemán– producen un doble efecto. Por un lado, “popularizan” cada vez más la palabra sagrada a través de la lengua escrita en una sociedad que era mayoritariamente analfabeta, por lo que se requería de mediadores, predicadores *en voz alta*. Por otro, esa difusión incontrolada, no solo de libros sino también de panfletos, sueltos y libelos, generaba el riesgo de nuevas y más radicales herejías, ante lo cual tanto católicos como protestantes establecieron rígidos sistemas de control sobre la edición y circulación de los impresos. El tercer modelo de lector resulta de la generalización de la cultura básica, los procesos crecientes de alfabetización, la aparición de un intenso interés por la lectura y la diversificación cada vez mayor de los impresos. En

su trabajo sobre el siglo XIX (“Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros”), Martyn Lyons considera que esta serie de transformaciones implicó una gran dispersión de los modelos de lectura, una fragmentación y complejización de las prácticas: “en la década de 1890 se había alcanzado casi uniformemente un índice del 90% [de población alfabetizada], y la antigua discrepancia entre hombres y mujeres había desaparecido. Ésta fue la ‘edad de oro’ del libro en Occidente” (2011: 387).¹² Se amplía la educación primaria, se reduce la jornada laboral, se comienza a reconocer el estatus social e intelectual de la mujer: niños, obreros y mujeres integran, por tanto, esa nueva masa de público lector, ese “público desconocido” que será el aficionado –y a menudo el protagonista– de la llamada “literatura industrial”.

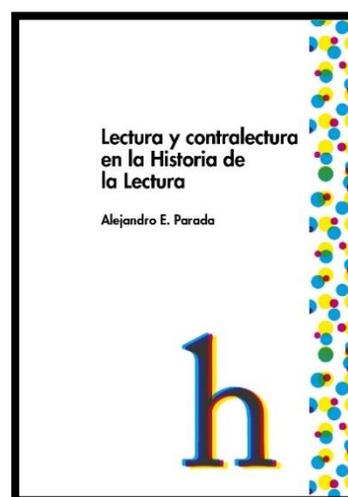
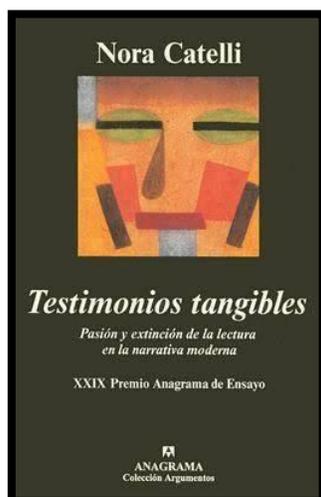
No sabemos, por último, qué lector estará modelando la “tercera revolución”, en la que la diversificación de las prácticas parece aún mayor...

Para terminar, quisiera simplemente mencionar algunas de las obras de nuestro ámbito lingüístico y cultural que resultan tributarias del amplísimo marco de referencias teóricas, certidumbres históricas y novedades metodológicas que el libro de Cavallo y Chartier puso en circulación. La más sistemática ha sido la *Historia de la lectura en la Argentina. Del catecismo colonial a las netbooks estatales* (Buenos Aires, Editoras del Calderón, 2012), volumen dirigido por Héctor Rubén Cucuzza y codirigido por Roberta Paula Sprengelburd. A diferencia de la mayoría de los trabajos sobre historia de la lectura, el libro se encuadra, en palabras del director, “en una historia social de la educación que revisa su objeto de estudio” (2012: 10); así, es fuerte la relación de los objetos de estudio transitados en el libro con un paradigma interpretativo proveniente de las disciplinas pedagógicas y educativas. La historia de la lectura suele trabajar con fuentes de complejo acceso y heterogéneas; entre ellas, la literatura misma, es decir, la lectura y los lectores *en la literatura*. En esta dirección, hay que mencionar el estupendo libro de Nora Catelli, *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna* (Barcelona, Alfaguara, 2001); *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, de Susana Zanetti (Rosario, Beatriz Viterbo, 2002)¹³ y, en un

¹² Chartier a menudo ha polemizado con historiadores marxistas que consideran el factor de clase como determinante en lo que tiene que ver con el acceso a la lectura y la regulación de la práctica lectora; otras variables son, según Chartier, tanto o más determinantes, como la de género (los varones participaban mucho más que las mujeres de los procesos de alfabetización), y las variables de localización demográfica, como las notables diferencias en el número de ciudadanos alfabetizados en centros urbanos y en el espacio rural.

¹³ Afirma Zanetti: “Si bien el análisis de testamentos, listas de suscriptores y los catálogos o los avisos de las librerías, el inventario de bibliotecas, sumados a los datos sobre alfabetización y escolarización tanto como a los provenientes de la industria del impreso, organizan un panorama de la historia de la lectura, las ficcionalizaciones de esta última son también una posibilidad de acceso y están en la base de mi trabajo” (p. 11).

registro menos académico, *El último lector*, de Ricardo Piglia (Barcelona, Anagrama, 2005). Graciela Batticuore ha combinado fuentes artísticas (literatura, pintura, cine) con otras de variado origen en *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870* (Buenos Aires, Edhasa, 2005) y en *Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina* (Buenos Aires, Ampersand, 2017);¹⁴ y Fabio Espósito ha trazado un agudo panorama de la lectura en Buenos Aires hacia fines del XIX en su tesis *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)* (La Plata, Al Margen, 2009). Es necesario destacar la sostenida labor investigativa de Alejandro Parada, recopilada en numerosos ensayos que es posible leer en *Cuando los lectores nos susurran* (Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UBA, 2007), *El dédalo y su ovillo. Ensayos sobre la palpitante cultura impresa en la Argentina* (IIB, UBA, 2012), y *Cruces y perspectivas de la cultura escrita en la Argentina* (libro colectivo dirigido por Parada; IIB, UBA, 2013); más recientemente, publicó un trabajo de reflexión teórica y metodológica de mucho interés: *Lectura y contralectura en la Historia de la Lectura* (Villa María, Eduvim, 2019).



¹⁴Baticcuore también escribió dos capítulos sobre el tema que nos ocupa en la *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigida por Noé Jitrik: en el tomo 3 (2010, dirigido por Alejandra Laera), “Libros, bibliotecas y lectores en las encrucijadas del progreso”; en el tomo 1 (2014, dirigido por Cristina Iglesia y Loreley El Jaber), “Sobre legislaciones y prácticas. Libros, lectores y bibliotecas entre dos siglos (Buenos Aires, 1754-1810)”. Dirige, además, para el sello Ampersand, la colección Lector&s, un notable proyecto en el que renombrados escritores e investigadores narran sus experiencias de lectura.

He procurado reseñar los orígenes de una obra, señalar la significación de sus aportes y listar las derivaciones más destacadas en nuestro campo cultural. Debemos recurrir una vez más a la oxidada metáfora de la *bisagra* para concluir que en la historia del libro, la edición y la lectura, existe un antes y un después de aquel libro que, a mediados de los noventa, replanteó radicalmente nuestro objeto de estudio, los modos y procedimientos con que damos cuenta de él y los resultados mismos de nuestras investigaciones.

Fuentes bibliográficas

CHARTIER, Roger (1994). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza.

GUGLIELMO Cavallo y Roger Chartier (dir.) (2011) *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid, Taurus.

DARNTON, Robert (2010). “¿Cuál es la historia de los libros?”. *Las razones del libro. Futuro, presente, pasado*, Madrid, Trama editorial, (177-204).

LYONS, Martyn (2011). “Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros”, en *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid, Taurus. (387 - 424)

CUCUZZA, Héctor R. (dir.) y Roberta P. Spregelburd (codir.) (2012). *Historia de la lectura en la Argentina. Del catecismo colonial a las netbooks estatales*, Buenos Aires, Editoras del Calderón.